

En primer lugar, lo real se nos presenta como un concepto relativizado por el devenir histórico. En determinados momentos del desarrollo histórico podía considerarse algo que hoy pertenece al ámbito de nuestra vida diaria, como el volar o el viajar a 130 kilómetros por hora. De acuerdo con esto podemos pensar que algo que hoy pertenece al mundo de la fantasía, puede resultar común y vulgar en el futuro.

En segundo lugar, la separación entre lo real y lo irreal tiene también un carácter subjetivo. Quien *se cree* una bruja, *es* una bruja. Y cuando una sociedad cree en las brujas, indudablemente existen las brujas. También la historia nos demuestra hasta qué trágico extremo esto es verdad. Si pudiéramos contemplar nuestro tiempo desde el futuro veríamos cuántas de nuestras realidades también son exclusivamente subjetivas.

En tercer lugar, la determinación de lo real y lo irreal, en cuanto histórica y subjetiva, es también una delimitación cultural. Cada cultura fija esos límites, límites que pueden ser muy distintos de los establecidos por nuestra propia cultura y que, sin embargo, salvo hacernos reos del más agresivo imperialismo cultural, deberían merecer todos nuestros respetos.

Finalmente hemos de considerar que la realidad no está configurada exclusivamente por hechos, objetos, instituciones y relaciones. También está la otra realidad invisible de los valores, las creencias, los deseos, las motivaciones, los gustos, las tradiciones, los mitos, las ficciones y los sueños. Creo que no es necesario detenerse a demostrar todo lo que de relativo y subjetivo tienen cada uno de esos elementos constituyentes de la otra cara de la realidad.

De ahí que cuando hablamos de realismo deberíamos detenernos para considerar a qué nos estamos refiriendo. Pues si este concepto es un concepto teñido de subjetividad y de relatividad, no podemos manejarlo como un valor absoluto. Tendremos que preguntarnos antes si lo que nosotros entendemos por realismo corresponde también a lo que se entiende por realismo en una cultura posiblemente distinta de la nuestra en la que la obra en cuestión puede incidir; y sobre todo, si lo que para nosotros constituye la realidad lo es también para el niño y el adolescente.

Conclusiones

¿Todas estas interrogaciones sirven para algo cuando nos enfrentamos con la práctica de la literatura infantil? En principio no debemos olvidar un hecho fundamental: El libro infantil —y por un discutible convencionalismo, literatura infantil equivale a libro infantil— es un producto industrial y como cualquier producto industrial en la sociedad capitalista, su fabricación está sujeta principalmente a un criterio de rentabilidad económica. De ahí que el fabricante tienda principalmente a satisfacer a un determinado mercado. Por eso, los criterios del libro infantil como vehículo de socialización pueden descuidarse ante la demanda de los consumidores de hallar en el producto algo totalmente distinto e, incluso, contrapuesto. Creemos, pues, que toda esa serie de congresos, simposios, artículos y comunicados en que se pretende recordar a los editores la responsabilidad que les incumbe en la formación del niño, el daño social que una determinada gestión editorial puede causar, y todos los sagrados deberes que su función implica, no son otra cosa que el resultado de la

contradicción esencial entre el deseo del adulto de imponer una determinada realidad y el deseo del niño de escaparse de ella. Si el libro bienintencionadamente formativo encontró menos dificultades para imponerse en pasados siglos que en el nuestro, no fue porque hubiera editores más conscientes y responsables, sino, simplemente, porque no existía un mercado infantil. Eran los padres y educadores quienes imponían y compraban los libros. Hoy esto ocurre solamente en parte. El niño y, por supuesto, el joven tienen mucho más que decir a la hora de la elección. En primer lugar porque suelen disponer de un dinero propio. En segundo porque ante la imposición de libros que le resultan odiosos siempre tienen el recurso de negarse a leer y buscar la satisfacción de su libido y la huida de la opresiva realidad en los relatos de la televisión.

De todas formas, los padres aún continúan siendo pieza fundamental a la hora de formar la biblioteca de los hijos; por ello la producción editorial no está tan alejada de las premisas socializadoras como algunos temen o como otros desconocemos. El adulto sigue teniendo mucho que ver en la orientación lectora del joven, cosa lógica si pensamos que es precisamente el adulto quien realiza —intelectual e industrialmente— la obra, quien la vende y quien en buena parte la compra. Es, a partir de ese supuesto, donde se me ofrecen una serie de consideraciones relacionadas con las interrogaciones antes planteadas. Hemos visto que es cuestionable el concepto de la realidad. Pero toda socialización no es otra cosa que insertar a una persona en una realidad específica que es la de la sociedad del agente socializador. Es, pues, la realidad del adulto la que se desea imponer al niño. Y ya hemos dicho que la realidad no son únicamente los hechos, los objetos, las instituciones y las relaciones, sino también los valores, las creencias, los mitos y los sueños. Ahora bien, si consideramos que la realidad del niño y del adolescente es una realidad distinta y contrapuesta a la del adulto, ¿hasta qué punto resultará conveniente la imposición de esa otra realidad?

Lo que me planteo es si es de utilidad violentar las realidades del niño y del adolescente. Me planteo qué derecho tenemos para corregir las naturales tendencias del niño, esas que le llevan a unas determinadas lecturas o, con más propiedad, a buscar unos determinados relatos o historias que le sirvan de distracción. Me pregunto si la verdadera formación no está en la distracción pura y simple, si toda ingerencia no es deformadora. En otras palabras: si la auténtica y mejor literatura infantil no es la que adoptan los propios niños, con independencia del destinatario en quien se pensó al escribirla.

El niño y el adolescente tienen su propia realidad. De ahí que el niño siga buscando el mundo mágico, el mundo de la fantasía, el mundo del relato maravilloso. Es en ese mundo que realmente el niño identifica como suyo, donde su propia lógica se refleja, donde se descarga de sus tensiones y libera sus inhibiciones; donde se realiza tal y como en realidad es. De ahí también que el adolescente siga buscando en la lectura un lugar de refugio, de huida. Huida en el espacio, en el tiempo, en la subversión de los valores o de los roles que la sociedad de adultos quiere imponerle. Y yo pienso que esa huida, que esa subversión es parte de su realidad y por tanto absolutamente necesaria y respetable.

Mas, con independencia de esto, ¿hasta qué punto podemos hacer un valor absoluto de nuestra propia realidad? ¿Creemos seriamente que ella va a ser la realidad

de nuestros hijos? ¿Creemos que nuestro mundo en esta época de cambios acelerados puede subsistir? Y aun en este caso ¿podemos pensar que esta realidad nuestra es defendible; que merece la pena perpetuar la realidad consecuente del sistema social que hoy disfrutamos o padecemos? ¿Estamos seguros de que nuestros valores deben ser perdurables?

Naturalmente podría contestarse a esto hablando de valores abstractos, de valores que en un principio podrían ser válidos para cualquier clase de sociedad. Pero, aun admitiéndolos, ¿qué sentido puede tener la glorificación de esos valores? Como sostiene Marc Soriano para que la comunicación se establezca entre el emisor y el receptor del mensaje se precisa que haya un código común y que éste se refiera a la realidad histórica. En otras palabras: la transmisión de un sistema de valores tiene que hacer referencia a una realidad en la que participan autor y lector. Es precisamente esto lo que lleva a la defensa del realismo, de la historia inserta en la cotidianeidad, de «las aventuras en las que puede ser testigo diariamente en su familia», según el viejo deseo de Armand Berquin, como el más idóneo vehículo para esa socialización a través de la literatura, ese enseñar deleitando que parece constituir el sueño de todos los que se ocupan de la lectura infantil. Pero esa cotidianeidad será la que, precisamente, se alzaría contra esos valores abstractos, ya que la contradicción entre aquellos que realmente privan en la vida diaria y los que se proponen como modelos ideales es tal que el lector no podrá ver en éstos más que meras utopías. No puede aceptarse un mensaje de paz dentro de un contexto que establece entre sus valores *reales* la violencia; ni se puede predicar la primacía de la inteligencia y la verdad cuando en ese contexto la única primacía es la del dinero.

Hemos señalado la relatividad y subjetividad del realismo. Pero también debemos señalar que la realidad es coherente. No puede establecerse unión entre lo ideal y lo real. Sueños, valores y creencias son también parte de una realidad y, aunque estos sueños, estos valores y estas creencias no nos resulten intelectualmente aceptables, sí son los de nuestra realidad; son los únicos existentes. Podemos pensar que hay otros mejores que los que constituyen la realidad de nuestro medio. Pero aunque nos pese, sólo podremos hacer creíbles y convincentes aquellos que son reales. Dar los ideales es simplemente mentir; e incluso los niños detectan esta burda mentira.

Por último quisiera cuestionar hasta qué punto somos conscientes de que esta realidad que queremos hacer aceptar a nuestros hijos es la que nos imponen los todopoderosos grupos detentadores del poder y, muy especialmente de los medios de comunicación de masas. Señalé al principio lo convencional que resulta hablar de literatura ciñéndonos al libro y olvidándonos de esas historias que se nos cuentan a través de la imagen. Pretender aislar la narrativa literaria de esa otra narrativa, pretender que el libro puede permanecer ajeno al cine y, sobre todo, a la televisión es simple ceguera. Cine y televisión son no sólo parte de la realidad, sino importantes medios conformadores de la misma.

Y en cuanto a estos medios son portadores de los valores de una determinada cultura y de los intereses de unos concretos grupos de poder, esos valores y esos intereses van a imponerse en forma agresiva allá donde esos medios alcancen. Y lo grave del caso es que su alcance es prácticamente universal. De ahí que esa realidad